

Sylvia\*  
Salomón Kalmanovitz

Sylvia fue siempre una lucha contra el caos. El desorden interno lo combatía en el terreno de la escritura que alcanzaba a salvarla, con esos temas escabrosos que atacaba radicalmente, desplegando un ritmo endiablado, una agilidad saltarina con palabras y lenguajes, que querían expresar lo que en verdad era y que destruía mentiras; terminaba, después de mucho esfuerzo, con la coherencia por la que luchaba. Una vez concluido su trabajo, saltaba de alegría, reía plena, pues había vencido otra vez a su enemigo de siempre.

Tenía que hacer enormes esfuerzos para ajustarse a cualquier orden. Yo la molestaba diciéndoles que no tenía un reloj interno: llegaba tarde a sus citas y a veces creía poder hacer dos cosas al tiempo en lugares distintos. Se excusaba y hacía cualquier cosa por compensar al afectado, retorciéndose de culpa. Cuando no tenía presión externa sobre su trabajo, se dispersaba en la inseguridad; a veces repetía la misma frase varias veces, con pequeñas variantes, para cuando editarla, escoger una de ellas. Se recomponía cuando al cierre de edición la obligaba y se daba cuenta que nunca debió sentirse emproblemada, para olvidarlo en la próxima ocasión. Se hacía un ocho con cualquier aparato, menos con el computador. Apretaba el tubo de pasta de dientes por la mitad y perdía las tapas de todos sus tarros y frasquitos.

El caos exterior lo quiso exorcizar primero con la política para arreglar el país resquebrajado, a fondo de nuevo, lo que la dejó agotada y adolorida, porque al interior de los grupos con los que hizo militancia encontró la misma irracionalidad que gobierna la sociedad toda. Guardó sus lealtades pero lo que desafiara su ingenuidad, lo cancelaba.

Recurrió entonces a la salida de la creación individual, con esas crónicas a profundidad sobre la vida cotidiana, la música y los bajos fondos: ladronzuelos, prostitutas, pandilleros y sicarios, a los que quiso entender desde sus propias perspectivas, de las fuerzas y obligaciones que enfrentaban, de los códigos de moral que los soportaban, de los ritmos y músicas con que palpitaban. Hizo guiones y producción de cine y de TV, desde las tareas más modestas a las más importantes, sin escatimar una inagotable energía en cada una de ellas, no importando que tediosas o excitantes fueran.

Esa energía era el antídoto a su desorden y la aplicaba a todas sus iniciativas, a sus trabajos, a sus amistades, a sus amores, siempre excusándose y ofreciéndose toda, como penitencia y liberación recurrente. Era una ave Fénix cotidiana. Sylvia era una creadora que organizaba revistas, artículos, libros y documentales: evadía así la destrucción y se resignaba cuando veía caer un proyecto e iniciaba otro. Odiaba matar, regañar, culpabilizar, dañar. Yo la criticaba a veces por ser celestina con los niños y jóvenes, pero lograba siempre

una comunicación franca e intensa con ellos. Valoraba la amistad como la máxima virtud y su lealtad a veces parecía sobrehumana.

La vida de Sylvia fue siempre jugar un poco con la muerte, con el riesgo y el peligro que la justificaban y revivían, de los cuales se reía a carcajadas cuando había logrado superarlos y llegaba de vuelta a casa. Asumir el riesgo era otra forma de superarse. Su risa, por la mayor parte, era defensiva, un poco su conciencia lanzada al vacío y esperando que los que la rodeaban se desarmaran y no la agredieran.

El documental en que trabajaba a la hora de su muerte sobre las elecciones en zonas de violencia lo enfrentó primero con ciertas reservas – recuérdese que le había quedado sabiendo mal la política – que se vencieron en la medida en que se involucraba y entrevistaba a campesinos, políticos, paramilitares y autoridades, pretendiendo entenderlo todo de nuevo y regalándole al proyecto esa enorme energía de que disponía.

Sus asesinos le dieron muy duro y con premeditación. No querían que el mundo se enterara de su barbarie diaria, de su despotismo y de su desprecio infinito por la vida de los que no son como ellos. A los dirigentes campesinos que asesinaron junto a ella intentaron sofocarles su pacifismo que confundieron paranoicos con el comunismo.

Sylvia le tenía pánico a matar, mucho más que a su propia muerte. Y ese 26 de febrero en Cimitarra no pudo desgajar sus carcajadas desarmadoras ni volver a casa.

\*Sylvia Duzán fue asesinada el 26 de febrero de 1990 en Cimitarra, Santander cuando departía en una cafetería con los dirigentes de la Cooperativa Campesina de La India.